

Nace una maestra

Las personas que te influyen son personas que crecen en ti.

Henry Drummond

Kelly se despertó nuevamente mojada por su propia orina. Una familia distinta habría enviado a la niña de seis años al baño para una ducha matutina antes de la escuela, pero no ésta.

"Ponte tu ropa. Es hora de ir a la escuela". Su madre estaba parada en la puerta de la habitación, golpeando su pie con impaciencia. Un cigarrillo apagado sostenido débilmente entre sus labios rojos.

Kelly revolvió el piso de su placard y encontró ropa que no se veía tan mal. Se vistió y luego intentó alisar las arrugas con sus manitas. Humedeció una toalla y limpió la mayor parte del lodo de las bocamangas. Se peinó con el cepillo del gato y comió unas galletitas saladas que le alcanzó su madre cuando salía para la escuela.

En la parte más lejana del patio, Kelly dibujaba en la suciedad con un palillo, hacia hermosos dibujos mientras los otros niños jugaban juntos en los columpios. Ellos a menudo se quejaban del olor cuando Kelly pasaba. En la clase, Kelly nunca tenía la tarea hecha. Tuvo un momento difícil con su libro de lectura elemental. La dureza, como una roca, creció en su interior.

Todo parecía estar en contra de Kelly. Pero tenía una persona de su lado, su maestra de primer grado. La Sra. Dina amaba a todos sus niños y todos los días les decía lo

importantes que eran. Por turnos, colocaba pequeñas notas adhesivas en los escritorios de sus estudiantes. Les sonreía mientras enseñaba. Escuchaba. Usaba una voz suave cuando corregía un problema. Luego, para el almuerzo, caminaba con ellos por el corredor, en fila, como soldados. "Manténganse en fila, niños".

La Sra. Dina comenzó a supervisar a Kelly todas las mañanas, antes de clase. Pasaba su brazo alrededor de la pequeña, sobre la ropa sucia, abrazaba el pequeño cuerpo que olía a orina y suspiraba. "Estás mejorando!". Con las cabezas juntas, miraban libros con imágenes. ¡Cómo le gustaban a Kelly las formas y los colores! Luego era el momento de leer. Kelly hacía una mueca de dolor frente a aquellas palabras que daban saltos mortales a través de las páginas. Pero ni siquiera esas palabras podían llevarse la alegría que sentía por estar con su maestra. Era la primera vez en su vida que se sentía feliz. Era lindo sentirse en esa habitación con ventanas limpias y fotografías de flores colgando en las paredes. La Sra. Dina olía bien. Poco a poco, su dureza interior comenzó a ablandarse.

Entonces, un día, sucedió lo impensable. Su madre vino para llevársela de la escuela para siempre. "Nos mudamos", fue todo lo que dijo.

Kelly corrió hasta su maestra y aferró la mano de la Sra. Dina. Ella se arrodilló y, con lágrimas en los ojos, le dijo:

—Nunca olvides lo inteligente que eres. Cada vez que te sientas sola piensa en mí, porque en ese momento estaré pensando en ti.

Los años siguientes no fueron bondadosos con la joven. Siempre mudándose, creció en un puñado de escuelas distintas durante sus años de escuela primaria. Cuando estaba en la escuela media, su madre la abandonó y fue colocada bajo cuidado tutelar. En algún lugar, encontró la fortaleza para continuar su educación y convertirse en maestra de arte.

Asignada a un lugar conocido de enseñanza, permanceió rodeada de pinturas y niños llenos de entusiasmo en su primer día de escuela. Durante el momento del almuerzo, filas de niños marchaban por el corredor como soldados. Entonces escuchó una voz amable, familiar: "Manténganse en fila, niños".

Allí estaba la Sra. Dina, con el cabello un poco más gris de lo que Kelly recordaba, pero excepto eso se veía básicamente igual. Entonces, actuando por instinto, Kelly caminó hacia la mujer.

-Hola, Sra. Dina. ¿Se acuerda de mí?
Ella estudió el rostro de la joven por un minuto y

entonces su acostumbrada sonrisa atravesó su rostro!

-¡Vaya, Kelly! ¡Es maravilloso verte de nuevo!
-Estoy tan contenta de tener, por fin, la oportunidad de darle las gracias.

-¿Agradecerme? ¿Por qué? Te tuve sólo por unos pocos meses.

-Pero fue más que suficiente; aquellos fueron los pocos meses que rescataron el resto de mi vida.

Robin Lee Shope